

QUERÉTARO Y LA MODERNIDAD. UN ACERCAMIENTO A TRAVÉS DE MAX WEBER.

Juan José Lara Ovando.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Resumen

La ciudad de Querétaro ha sido a lo largo de la historia un sitio tradicional donde ha imperado la religión católica como elemento organizativo de su sociedad, sin embargo durante la década de los 90, su imagen empezó a cambiar, ese cambio no se manifestó exclusivamente en crecimiento sino que el comportamiento social y político también se transformó, al grado que dejó de ser una ciudad media para convertirse en una metrópoli con todas las relaciones de interés para sus habitantes que eso implica. En este artículo hacemos un acercamiento a la modernización a través de Max Weber, uno de los primeros sociólogos preocupados por las conductas sociales que eso trae y del cual rescatamos algunos elementos que pueden aplicarse en Querétaro. Palabras clave: modernidad, racionalidad y crecimiento.

Abstract

The Queretaro city has been travel the history a traditional city where the catholic religion has dominated like organizative element of her society, nevertheless for the decade of the 90, her image began to change, this change don't be manifest in growth except that the social and political behavior was transform too, to the grade that quit of be a media city for convert in a metropoli with all the relations of interest what that imply. In this article the author do to approach at the concept modernity of Max Weber, one of the first sociologist worry for the social conduct what that bring and of the which the author ransom some elements that can to apply on Queretaro city.

Key words: modernity, rationality and growth.

Si nos preguntamos ¿Querétaro es una ciudad moderna? Podríamos responder que si porque es una ciudad muy grande, con mucho movimiento de mercancías, de población y de trabajadores de diverso tipo, lo que la hace tener un modo de vida muy urbano, con gran variedad de relaciones interpersonales complejas creadas por su población. Además de que cuenta con una zona industrial que se sigue ampliando y no ha dejado de brindar empleo a obreros y profesionistas especializados, lo que implica que el movimiento migratorio sea permanente y abarque no sólo áreas laborales, sino también estudiantiles, culturales y familiares.

La mancha urbana se extiende actualmente sobre otros dos municipios contiguos y su crecimiento demográfico es uno de los más elevados del país (Garza, 2003: 95), lo que ha llevado a que los dos más recientes censos nacionales (2000 y el conteo de 1995) consideren el número de habitantes incluyendo toda la zona metropolitana.

No obstante, lo moderno no se refiere al tamaño, ni al progreso, aunque podamos pensar que los incluye. Lo moderno se refiere al deseo de cambiar, de ser diferente, de valorar lo que se es y se desea ser. Lo moderno no es parte de la ciudad, ni de sus gobernantes, ni de las instituciones públicas; es parte de su población, de lo que hace y piensa la gente, más por la intención y la forma en que lo hace que por los resultados. La modernidad es una especie de ruptura con lo convencional por eso se opone siempre lo tradicional y lo moderno, es decir, lo que tiene valores sostenidos en las costumbres y lo que da impulso a los intereses propios, en gran medida subjetivos. Lo objetivo pertenece más a la esfera de lo tradicional. Lo existente, lo real, lo determinativo, lo material no es parte de la modernidad, aunque se anexe a ello. Lo que si lo es, es lo creado, lo imaginado, lo pensado, lo subversivo aquello a lo que se le busca un lugar en el mundo.

Con todo ello es un poco difícil dar respuesta a la pregunta. Querétaro se ha caracterizado por ser una de las ciudades con gran presencia católica en el país, lo cual la distingue como objetiva, conservadora y negada al cambio (Santana, 1990: 25). Históricamente es también un sitio con poco contacto al exterior, salvo dentro de la región en las que se ubica: el sur del Bajío (zona alimentaria y textil) y

el sur de la zona centro-norte de pastoreo trashumante (obviamente dedicado a la ganadería menor) donde tradicionalmente ha sido una ciudad de importancia, al grado que se ha recreado a sí misma, no ha tenido que copiar un modelo, por el contrario el resto de poblaciones ha querido emularla. Esto dio por resultado que lo local fuera siempre importante (aún cuando la ciudad de México invariablemente fue admirada por ser la gran ciudad capital del país y concentradora de decisiones, estilos y novedades) y que en lo general su población se mostrara muy integrada a una forma de vida acogedora. La muestra de esa aceptación es la imagen de tranquilidad general y la escasa presencia de conflictos sociales y políticos en la que se han visto inmersos sus habitantes.

Obviamente nos referimos en el párrafo anterior a un Querétaro pequeño y controlable, muy diferente de lo que señalamos en el primer párrafo, toda una metrópoli con problemas de gran magnitud a resolver: planeación urbana, distribución de servicios, seguridad, vialidades, empleo, educación universitaria, etc., sin descontar los relativos a cuestiones políticas como plantones y marchas. ¿En qué momento Querétaro dejó de ser la ciudad apacible y superprotegida por su propia población? La era de desarrollo industrial mostró lo que era capaz de hacer. La ciudad pasó un largo tránsito con la intención de modernizarse porque el crecimiento industrial fue ampliando el comportamiento de los queretanos en cuanto a hábitos, costumbres y formas de pensar por casi cuatro décadas, pero aún así no lo había modificado o al menos no había logrado imponer otro que le diera un sentido de gran urbe. Seguía imperando el pensamiento local con sus tradiciones de buenas costumbres, no en cuanto al sentido dinámico de

heterogeneidad, masificación, anonimato que lo moderno exigía. Así que hasta inicios de la década pasada, la última del milenio, la apariencia de ciudad tranquila y conservadora persistió (La queretanidad, 1994: 28), aún con los cambios evidentes que ya se presentaban.

¿En qué momento y cómo se modernizó Querétaro? Los distintos autores clásicos de las ciencias sociales asocian la modernización a la implementación del sistema capitalista, obviamente porque tanto ellos como las ciencias sociales mismas, surgen como modelos de explicación de la sociedad en la que viven, así que realmente no se dedican a explicar como surge lo moderno, sino como se expresa en sus sociedades que les da la calidad de modernas. Habermas señala que el desarrollo de la ciencia y no el progreso ni la técnica forjaron otra idea de modernidad en el siglo XX, “la idea de ser “ moderno” a través de una relación renovada con los clásicos, cambió a partir de la confianza, inspirada en la ciencia, en un progreso infinito del conocimiento y en un infinito mejoramiento social y moral. Surgió así una nueva forma de la conciencia moderna” (Habermas, 1989: 132).

Modernidad se entiende como algo nuevo, básicamente porque durante el siglo XIX, cuando se divulga este término, se tiene la intención de experimentar como una vía para progresar. En el arte tiene fuerte aceptación y algunos autores como Baudelaire y Rimbaud expresan la idea de ser absolutamente modernos, es decir, de no dar un paso atrás, de atreverse a ir hacia adelante para encontrar algo, en lugar de protegerse en lo existente para repetir lo ordinario. No obstante, la idea

de modernidad sobrepasó al arte y se insertó como una forma de ruptura entre un modo de vida y una forma de organización social que surgieron en Europa a partir del siglo XVII y se difundieron desde la época de la Ilustración.

Parece ser que el empleo de la palabra moderno procede desde el siglo X (Revueltas, 1992: 9), que se empleaba en las polémicas filosófico religiosas, tanto para denotar apertura y libertad de espíritu, al aceptar nuevos descubrimientos e ideas recientemente formuladas, como para denotar ligereza y gusto por cambiar las cosas materiales. Es a partir del siglo XIX que se utilizó para distinguir la antítesis entre feudalismo y capitalismo, entre sociedades rurales y urbanas y, finalmente entre lo tradicional y lo moderno. Es por ello que la noción más simple y ampliamente aceptada asocia modernidad con un período de tiempo y una localización geográfica concreta.

Más el hecho de especificar una época y un lugar, no es lo importante de la modernidad, sino las determinantes que trae consigo el hecho de explicar las razones por las cuales se generaron esos cambios y como se realizaron, es decir, las consecuencias que encarna la transformación de las sociedades. En ese sentido recuperaremos a un autor que expresó con dedicación su interpretación de la modernidad, fue Max Weber, sociólogo alemán, del siglo XIX. El hecho de que recuperemos aquí a este autor, no quiere decir que sea el gran escritor sobre modernidad, probablemente hasta esté lejos de ello, pero si es muy representativo en cuanto a cómo actuó el hombre para transformar su sociedad y pasar de una etapa precapitalista a una moderna. Lo que aquí intentamos es simplemente un

ejercicio en el que combinamos a un autor clásico con lo sucedido en Querétaro, pero ya habrá espacio para un análisis más amplio.

Weber está inmerso en la sociedad capitalista de franco apogeo, la del desarrollo industrial e imperialista de fines del siglo XIX. Weber hace un análisis de la forma en la cual el capitalismo se expandió concentrando los principios de la acumulación, independientemente de las necesidades humanas. Para él, el capitalismo era un elemento de modernidad porque incluía una forma de actuar racional, en contraposición a acciones emocionales y tradicionales. Conjunta conocimientos y acción. La modernidad se opone a las tradiciones porque sus acciones se apoyan en el conocimiento de las ciencias y las técnicas en lugar de la organización del trabajo, por lo que remiten a un entorno individual en vez de uno colectivo.

Max Weber le da un enorme peso a la realidad empírica. Lo que quiere decir que para el entendimiento de los hombres la realidad es inconmensurable (Weber, 1988: 14), de suerte que nunca se termina de explorar los acontecimientos ni las variaciones que les suceden y por lo tanto resulta imposible describir la más pequeña parcela de lo real, ya que además genera más consecuencias en el momento de actuar, así todo conocimiento exige otros conocimientos y toda acción otras acciones. Esa realidad infinita expresa las enormes posibilidades de crear y construir el conocimiento, impulsado por la técnica que mueve al progreso, lo cual es admirable, pero a la vez incontrolable por la misma sociedad. Tiene que existir un Estado autoritario, dominante que se encargue de hacerlo (Weber, 1996:

171), lo que no le quita el entorno moderno porque el Estado sólo define al poder, no a la organización ni al desarrollo de la sociedad.

La multiplicidad de fenómenos culturales, a pesar de su heterogeneidad, responden a una nota común, la racionalidad, que es en realidad una forma de racionalizar la vida, como modalidad propia de occidente. En la vida moderna toda acción lleva una dosis de racionalidad, de hecho lo que separa al mundo moderno del tradicional es que en aquél se desarrollan más acciones que exigen de un nivel racional, dada la complejidad de las relaciones sociales, la conflictividad de las mismas y la idea de progreso, que es immanente al mundo moderno.

Dos aclaraciones derivan de lo anterior, 1) La idea de progreso no significa que la humanidad avance hacia una situación de armonía y reciprocidad universales, por el contrario, el desarrollo técnico que los hombres tienen que conocer cada vez mejor y que les exige esas acciones racionales, presupone que los riesgos que enfrentan son cada vez mayores. Conforme la técnica avanza, crece la posibilidad de superar problemas sociales tradicionales, pero aún más aumenta la capacidad de dominación y destrucción de los mismos hombres. 2) La racionalidad no le pertenece exclusivamente a la sociedad moderna, también el sistema tradicional tiene tanta razón como el desarrollo técnico en su forma de organizarse y en lo que a previsión concierne (Serrano, 1994: 177). Por ejemplo, en el sistema tradicional, una generación sabe con bastante aproximación como se comportará la siguiente, aunque su respuesta no se sostenga en una comprobación científica, pero lo ha observado por generaciones y ha transmitido la información.

De la misma forma, la creciente racionalización de la modernidad no necesariamente hizo a los hombres más pacíficos, tolerantes y morales. Los problemas de inseguridad y violencia son tanto o más graves que en siglos anteriores al capitalismo, ni podemos decir que un criminal que se organiza racionalmente sea menos culpable que un asesino de una sociedad tradicional (Freund, 1986: 18). El hombre moderno por más racionalizado que sea, sabe que vive en lo incierto, en lo provisional y lo peor, no es feliz. La felicidad la puede tener al alcance de la mano, pero no termina por obtenerla, siempre le hace falta algo que no alcanza y le provoca sufrimiento porque invariablemente queda para mañana, por eso se encuentra inmerso en un movimiento que por un lado, no deja de maravillarle dadas sus diversas expectativas, pero que por otro lado, le otorga nuevas promesas, que debe luchar por cumplir.

La racionalización tiene entonces un carácter utopista, porque si el hombre no alcanza la felicidad, sabe que ha hecho lo suficiente para que sus hijos si puedan ser felices, al igual que sus nietos. Esa es la "bondad" de la racionalidad, la de mantener la esperanza porque se puso el empeño en la acción, que puede haber tenido una interpretación crítica, ya que por otro lado y de manera general, lo que la instrumentación de la vida moderna provocó es el desencanto del mundo, pues aparte del pesimismo señalado, el hombre dejó de creer en lo sagrado, lo mágico y lo profético que era característico del mundo tradicional. La realidad se volvió triste, aburrida y utilitaria dejando un vacío que el individuo intenta llenar con sucedáneos que sólo le provean de satisfacción provisional.

La ciudad de Querétaro del nuevo milenio no es una ciudad triste, aburrida y utilitaria, pero si es la ciudad donde la expectativa de lo hecho y lo triunfante ha empezado a quedar de lado y deja su lugar a lo utópico. En los años 90 la tranquilidad no cesa, pero el ruido empieza a crecer, los queretanos empiezan a referirse a su ciudad como lo que era, y los nuevos queretanos (universitarios, migrantes, colonos, profesionistas) vislumbran una ciudad diferente, apropiada para ellos, todavía estable pero nueva, algo local pero metropolitana, no tan grande pero anónima, es decir, una ciudad libre de jerarquías, donde se empieza a vivir creando juegos, donde se tienen que tomar acuerdos porque las cosas no están decididas, donde los conflictos recrean los elementos simbólicos y las nuevas formas de organización, donde los gobernantes ya no pueden ser reconocidos por acabar con los perros callejeros, ni cerrando las universidades.

Los movimientos sociales acompañaron ese proceso, o lo definían o eran definidos por él: los colonos populares lograron una movilización independiente, integrando la participación de diversas colonias, no necesariamente ligadas a las fábricas; los indígenas nahños asumieron una postura de reivindicación que moviliza demandas de sus comunidades de Amealco a la capital del estado; el magisterio presentó posiciones de izquierda sindical que empezaron a incidir en la democratización del sector; los ambulantes iniciaron una desincorporación agrupándose en la oposición partidista; los asuntos correspondientes a derechos humanos, ambientalismo y género comenzaron a lograr espacios en medios y a tener una mínima aceptación en la opinión pública. No eran las primeras

manifestaciones, diez años antes estudiantes universitarios y normalistas exigían la democratización de sus instituciones, dando lugar al movimiento estudiantil local. Los años posteriores, ya entrados los 90, limaron el proceso: la enorme protesta de los deudores de los distintos tipos de créditos bancarios, a raíz de la devaluación del 94; la aparición incesante y resuelta de organizaciones civiles y; la victoria electoral del Partido Acción Nacional (PAN) a una gubernatura donde el sistema partidista del Estado había funcionado sin ningún contratiempo. Los tres momentos brillaron por sus manifestaciones culturales y simbólicas.

Ahí estaban manifestadas otras formas de pensar, otras formas de ser, un estilo diferente de protestar pero también de construir. Se presentaba una nueva racionalidad, asentada en una perspectiva de progreso que atraía redes de migrantes especializados como nunca antes, pero a la vez no se puede pensar en un futuro más incierto, en una incertidumbre que choca con la expectativa de felicidad y por lo mismo en una visión menos optimista que la tradicional. La modernidad no ha resuelto el problema del crecimiento pero ha llevado la discusión al ámbito de participación del sujeto, donde las acciones al menos empiezan a discutirse, un tanto como dice Habermas (Solares, 1997: 36) a través de una modalidad que podría ser de racionalidad comunicativa. Si es así, y apoyado en él, la visión social puede ser más imparcial y las respuestas se pueden empezar a construir de manera colectiva.

Bibliografía.

Freund, Julien

(1986) *Sociología de Max Weber*. Península, Barcelona, 259 pp.

Garza, Gustavo

(2003) *La urbanización de México en el siglo XX*. Colmex, México, 164 pp.

Identidades sociales: La queretanidad. V Foro de Sociología.

(1994) UAQ – Facultad de Sociología, Querétaro, 57 pp.

Habermas, Jürgen

(1989) “Modernidad, un proyecto incompleto” en Casullo, Nicolás et. al., *El debate modernidad – posmodernidad*. Puntosur, Buenos Aires, pp. 131-144.

Revueltas, Andrea

(1992) *México: Estado y modernidad*. UAM-Xochimilco, México, 212 pp.

Santana, Arturo

(1990) “Solidaridad de organizaciones políticas con el movimiento democrático del magisterio en Querétaro” en *4º Foro de Sociología. Los movimientos sociales en Querétaro*. UAQ – Escuela de Sociología, Querétaro, pp. 25-29.

Serrano Gómez, Enrique

(1994) *Legitimación y racionalización. Weber y Habermas: La dimensión normativa de un orden secularizado*. Anthropos-UAM, México, 302 pp.

Solares, Blanca

(1997) *El síndrome Habermas*. Porrúa-UNAM, México, 160 pp.

Weber, Max

(1988) *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Premia, tercera ed., México, 114 pp.

(1994) *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. FCE, segunda ed., décima reimpresión, México, 1237 pp.